

Los Testigos I: La Lanza Sagrada

Linda Perez



Capítulo 1

SÍMBOLO DE ENLACE

HIJOS DE PROMETEO

Capítulo 2

SINOPSIS

¿Puede el bien triunfar sobre el mal? ¿O es solo un simple delirio? Y si no lo es, ¿cuántos sacrificios son necesarios para inclinar la balanza a favor? Estas son las cuestiones que vertebran la saga «Los Testigos», la cual se organiza en un conjunto de novelas, capítulos que conforman el libro de las Revelaciones de Moiras.

Bienvenidos a Agarthá, un mundo lleno de magia y peligros.

Conozcan a Alexander, un mercenario que sigue estando en duelo por la muerte de su hermano. Aceptará un trabajo que cambiará su vida para siempre, al igual que la de su mejor amigo Diego, siendo un tiquete directo a aquel mundo intraterrestre, haciéndoles tomar parte no solo en la lucha por hacer justicia en nombre de toda una raza agarthá, sino también en el intento de ponerle fin a un posible apocalipsis.

Deidades, un descendiente de la Nada, criaturas mitológicas y depredadores prehistóricos. Todos estos deberán de enfrentar junto con aquellos que les estarán acompañando.

Más es un hecho que la sangre y las lágrimas que derramarán juntos, solidificarán un inimaginable lazo de confianza, amistad y amor entre todos ellos: humanos, agarthos, un Vigilante y el Dios-Vampiro.

«La Lanza Sagrada», tal como una matrioshka, interconecta diferentes historias, pasadas y presentes, a través de las cuales se conocen detalles sobre la historia Agarthá y sus habitantes, sobre los peligros que amenazan a toda la creación, y sobre el pasado de los personajes y sus motivaciones. Asimismo, mediante estas, se rinde homenaje al género de aventura, con capítulos que cuentan la travesía de los personajes para recuperar lo que están buscando. Al género de drama romántico, tanto con la historia de Vrykól y Nikita —quienes no solo perdieron a su otro amado, Chris, sino que también el uno al otro—, como con la de Edki y Alexander, la cual lentamente se irá desarrollando. Y a la fantasía mitológica, con historias que introducen diferentes Deidades, y que nos llevan desde el Edén hasta el Olimpo.

«La Lanza Sagrada», aunque esencialmente es una novela de fantasía, posee elementos de aventura, romance, e inclusive suspenso. Injusticias, Deidades, demonios, agarthos, humanos y Vigilantes, todos hacen parte

de esta historia que, al mismo tiempo, son muchas. Un conjunto de situaciones fantásticas cuyo nexo de unión es la Lanza Sagrada, la única arma que puede acabar con Yahveh, con el Creador y el primogénito de la Nada.

«**La Lanza Sagrada**» pretende ahondar en las emociones de los personajes y sus conflictos internos, buscando no solo la acción y el entretenimiento, sino también permitir al lector crear una conexión real con cada uno de ellos.

Capítulo 3

LOS TESTIGOS

REVELACIONES

CAPÍTULO: LA LANZA SAGRADA

SON muchas las memorias que se han extraviado durante la historia de la humanidad y la historia agartha.

En este capítulo en particular, exclusivamente os contaremos el principio del fin: la aventura de un grupo de valientes seres que inicialmente aceptaron arriesgar sus vidas con el fin de oponerse a la tiranía a la que inmerecidamente una raza había sido sometida, pero que terminaron luchando por todo el universo.

La descripción de quiénes fueron, el lugar dónde se llevó a cabo, y el por qué, está en las páginas de este libro.

Solo os advertiremos que esta no es una historia feliz. Es una historia de pérdida, de amor, de agonía, del valor y del coraje necesario para luchar por lo que es correcto.

Este es uno de los varios anales de Agartha.

—*Moiras, Destino*

Capítulo 4

EL ORIGEN

I

Thunder Bay, Canadá. 10:00.

336 horas para el Apocalipsis.

ALEXANDER ingresó a una pequeña cafetería, Diego a su lado, sus G19 escondidas de ojos curiosos. Vestía unos jeans claros, botas, y camiseta negra, mientras que Diego utilizaba una bermuda gris de Nike, unas zapatillas negras, y una camiseta blanca donde se leía: «Oh, Dios mío, él está en humor de X-Games». Ninguno superaba los treinta años.

El lugar estaba prácticamente vacío, la mayoría de los clientes eligiendo tomar sus pedidos para llevar, no queriendo exponerse, arriesgar su salud. Y ese hubiera sido el caso para Alexander y Diego, más no estaban allí por el menú; no, estaban en dicho lugar por temas laborales, una oferta de empleo. La primera que Alexander había decidido darle la oportunidad después de la muerte de John, su hermano, unos tres meses atrás.

Dicha oferta había llamado su atención debido a que era un trato disponible únicamente para ellos y, también, porque había sido transmitida por uno de sus más fieles e importantes clientes de la Hermandad Roja, una pequeña confederación internacional de mercenarios de clase alta a la que pertenecían, a la cual no cualquiera podía entrar. Dicha asociación utilizaba una plataforma virtual donde las propuestas de empleo eran actualizadas exclusivamente por los empleadores suscritos —gente ridículamente rica y poderosa— y, algunas veces, estos hacían favores a terceros —personas que preferían mantenerse en las sombras— de publicar plazas. A través de dicha plataforma también se elegía la fecha, el tiempo y el lugar donde las dos partes se reunirían y discutirían los términos, siempre siendo un lugar público y de bajo perfil.

Regresando a la cafetería, solo había dos mesas ocupadas: la primera, donde se encontraba una familia comiendo, y la segunda, donde estaba un hombre alto, bien parecido, de ojos azul claro y de piel bronceada, vistiendo un traje fino gris, mirándolos fijamente. Aunque no estaba

consumiendo nada, no llevaba tapabocas puesto. Les hizo un leve gesto con la cabeza, invitándoles sin palabras a que se le unieran.

—Ese tipo me causa mala vibra —murmuró Diego.

Alexander le había conocido a través de su hermano cuando estuvieron sirviendo para el JSOC —Mando Conjunto de Operaciones Especiales—, específicamente en el grupo élite de los SEAL, ST-6. Era de descendencia mexicana, y agorero a morir.

—Diego —suspiró Alexander, preguntándose cómo podía decir eso cuando ni siquiera le habían dirigido palabra alguna.

Al llegar a la mesa, tomaron asiento y Alexander, ignorando la silueta humanoide blanca que podía ver por el rabillo del ojo, le saludó, e inmediatamente fue al punto diciendo: —Estamos interesados, pero aún no hemos decidido si sí vamos a hacerlo.

—¿Y por qué es eso? —refutó—. La oferta que les hice llegar fue muy clara, y el trabajo no es difícil. Eliminan el grupo de terroristas que están residiendo en el Amazonas y reciben su pago, que es bien generoso, debo añadir. Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que el trabajo queda un poco lejos de aquí —señaló Diego—. ¿Por qué no contrató a un grupo de esos lados?

—Yo también me estaba haciendo la misma pregunta. ¿Por qué la oferta está exclusivamente dirigida a nosotros?

—Una mujer, que tiene mi absoluta confianza, me ha asegurado que ustedes son los adecuados para esta misión —explicó brevemente—. Verán, necesito que estas personas sean eliminadas de la faz de la Tierra tan rápido como sea posible. El plazo máximo es de una semana. Sin embargo, ustedes no requieren todo ese tiempo para culminar el trabajo, ¿verdad?

Aunque apenas llevaban quince meses en el negocio, su reputación de eficiencia les precedía.

John había aplicado a la Hermandad Roja no mucho después de haber sido dados de baja por la JSOC, al no haber cumplido una orden durante su tiempo de servicio en Afganistán —una que les había exigido vender su alma al diablo, por decirlo de alguna forma. Al igual que cuando habían sido Navy SEALs, John había sido el capitán del grupo, decidiendo qué trabajos tomar y cuáles no, siempre guiándose por un código moral del cual también ellos eran poseedores.

Ahora dicha responsabilidad recaía en los hombros de Alexander.

—¿Algo más o tenemos un trato?

Diego se giró a mirar a Alexander, también a la espera de su respuesta. En sus ojos verdes se leía indecisión, más no una respuesta negativa o de rechazo, y al notarlo, Alexander accedió. El trabajo era relativamente sencillo, el dinero no les caería mal, y joder si no necesitaba algo en lo que centrarse antes de terminar de manicomio. Volvió su mirada brevemente a la silueta blanca, pensando, *«y estoy a un paso de ello»*.

Su atención regresó a su empleador cuando sacó una carpeta negra del maletín de mano que estaba sobre la mesa. —Aquí están todos los detalles. La primera mitad del dinero será depositada en la cuenta antes de las cinco de la tarde. —Y ofreciéndole la carpeta a Alexander, advirtió—: Espero que no me fallen.

Como si la decisión de regresar al trabajo hubiese empeorado una herida que no había logrado cicatrizar, Alexander no pudo dejar de pensar en John mientras se dirigía a la casa de Diego.

Habían compartido un lazo profundo, no solo como familia, sino como amigos y hermanos de sangre por el servicio. Mejor dicho, un vínculo fuerte que había empezado a fortalecerse desde aquella terrible experiencia que había sufrido cuando era un adolescente. Aunque desde esa pesadilla se había jurado que jamás volvería a ser una víctima y aprendido a las malas a defenderse, John siempre había pensado que era su responsabilidad velar por su bienestar. Y, maldición, si esa creencia no había sido en gran parte la causa de que perdiera la vida.

Era consciente de ello, y era exactamente por eso que la pena y la culpa le carcomían, tanto en plena luz del día como en la oscuridad de la noche, impidiéndole descansar, incluso cuando estaba tomando los medicamentos recetados por el psiquiatra que le había venido tratando en los últimos dos meses.

La mayoría de los días resultaban siendo una jodida pesadilla de la cual no podía escapar ni siquiera al cerrar los ojos. Todo lo contrario, el infierno le esperaba expectante en el plano de la inconsciencia. Nada parecía ayudarle a aligerar el peso que llevaba en sus hombros, y que cada día se hacía más pesado.

Lo que le sacó de esos pensamientos lúgubres fue el ver aquella silueta blanca a unos cuantos metros a su derecha y, posteriormente, el pitido de

un coche, haciéndole caer en cuenta que se había saltado un semáforo.

«Ah, mierda».

Una reacción rápida, un movimiento brusco del manubrio de su moto, le permitió esquivar el auto, y, milagrosamente, no terminó besando el suelo. Mientras el conductor del coche frenaba en seco, el chillido de ruedas sobre el pavimento resonó a través de varias cuerdas haciendo que múltiples transeúntes se detuvieran y observaran asustados, preguntándose si había pasado algo.

No se detuvo incluso aunque su corazón empezó a latir rápidamente en su pecho, la adrenalina llenándole.

Aunque le pareciera inaceptable, aunque a veces sintiera que no podía respirar a través del nudo que cerraba su garganta, que estaba cegado por las lágrimas que llenaban sus ojos, debía aceptar que no podía cambiar el pasado. Tenía que aceptar la injusticia de estar allí, viviendo, ocupando el puesto que debió haber sido de su hermano.

Logró llegar sin otro contratiempo, parqueando frente a la hermosa vivienda victoriana de tres pisos. John solía acusar a Diego de ser estafalario, pues no solo le encantaba comprar construcciones grandes, a veces antiguas, sino que también estaba obsesionado con conseguir cualquier dispositivo tecnológico que estuviese disponible en el mercado, incluso cuando no sabía cómo usarlo.

Aprovechó ese corto lapso de tiempo antes que Diego le alcanzara, para quitarse el casco y respirar profundamente, intentando retomar la compostura.

No quería que le viese así, perdiendo el control, porque entonces intentaría convencerlo de rechazar el trabajo, y quería, no, *necesitaba* ocuparse.

Una vez la R18 roja se detuvo a su lado, Diego se quitó el casco con brusquedad y se arrancó el tapabocas, sus ojos brillando con rabia. —¿Qué chingada, Alex? ¡Casi haces que me dé un infarto! ¡Por centímetros, y ese carro te habría atropellado!

—Lo siento —se disculpó, desmontando su moto, no teniendo la energía para enfrentar su enojo—. Estaba pensando en otra cosa.

Diego hizo lo mismo y, mascullando en español: —Maldito pendejo —se dirigió con brusquedad hacia la casa, directamente al pequeño bar que había en la cocina, necesitando beber algo para poder lidiar con el idiota

de su amigo.

Alexander se relamió los labios, sintiéndolos reseco, y después de un momento de duda, le siguió. Quitándose las botas en la puerta, se aplicó el gel desinfectante que Diego mantenía a disposición para las visitas y se dirigió a la sala, sacando la carpeta y su G19, dejándolas en la mesita de vidrio junto con su casco. Se acomodó entonces en uno de los sofás, quitándose el tapabocas y reclinándose para descansar la cabeza en los cojines.

Cerró los ojos, como para evitar que las lágrimas que les empañaban cayesen libres, pero la expresión en su rostro delataba el terrible dolor que le consumía.

Diego apareció, trayendo consigo dos cervezas, más se detuvo al verle, y la rabia que había sentido hacía un momento se evaporó mientras su corazón se quebraba de nuevo. *«Oh, Alex»,* pensó apenado, pues sentía el sufrimiento como si fuera el suyo propio. *«Jesús»,* oró, sin saber qué más hacer para ayudarlo, *«renunciaré a todas mis posesiones materiales, y Tú sabes cuánto amo mis cosas, pero juro que las venderé y donaré el dinero a varias ONG, si le salvas de su tormento. Si nos permites sanar de esta pérdida tan terrible que hemos sufrido».*

Cuando Alexander abrió los ojos, Diego se le acercó, ofreciéndole una de las cervezas.

Alexander pudo sentir el peso de su mirada mientras le daba un largo sorbo, más la tensión abandonó sus hombros cuando su amigo se dejó caer en el sofá frente a él y le dijo: —Muy bien. Veamos qué hay en ese folio.

Se gastaron toda la tarde estudiando los documentos, y aunque Diego había intentado convencerlo de que se quedara a cenar, había declinado la oferta. No solo necesitaba ir a alistar su equipaje, sino que sabía que pese a que su amigo había tenido la amabilidad de ignorar el tema durante todo el transcurso de la tarde, lo traería a la luz en la cena.

Agradecía tener a alguien que sinceramente se preocupaba por su bienestar, pero no iba a discutir lo que había en su cabeza, pues no había nada que Diego pudiera hacer, y no era justo que siguiera derramando toda su oscuridad en él.

Antes de irse, habían quedado de encontrarse nuevamente a la madrugada. La mayoría de sus armas estaban almacenadas en la bodega de la casa de Diego por lo que iría a recogerlo en su camioneta y, de esa manera, solo realizarían un viaje hasta Nipigon que era donde estaba

ubicado uno de los lujosos jets de la Hermandad Roja. Tenían la esperanza de partir a primera hora.

Dejó su Sport Glide negra en el parqueadero privado, tapándola con un cobertor para evitar que el polvo y el clima dañara la pintura o la oxidara. Adoraba esa moto. Había sido un regalo que John le había dado para su cumpleaños hacía dos años.

El helaje de la noche —que hacía que su aliento saliera como humo y que su piel se pusiera de gallina mientras caminaba las dos cuadras hasta su apartamento—, era un reflejo exacto de cómo se sentía. Frío, *congelado* en trágicos recuerdos, sin gota de alegría.

Una vez entró, se desnudó en la puerta y llevó la ropa a la lavadora, encendiéndola antes de dirigirse a la ducha. No se molestó siquiera en regular la temperatura, sino que se metió bajo el chorro de agua helada, apoyando la cabeza contra la pared de baldosa, luchando contra el impulso de estrellarla una y otra vez hasta que todo tuviera sentido o lo perdiera en totalidad.

Diez minutos después, cuando el castaño de dientes y los temblores fueron demasiado para ignorar, salió y fue a su habitación, donde encontró la silueta blanca recostada en su cama. No prestándole atención —ya era un jodido experto en ello—, se acercó a la foto enmarcada que colgaba diagonal al armario.

Dicha fotografía había sido tomada cuando los tres aún pertenecían al Escuadrón Rojo, hacía ya unos tres años. Tanto él como Diego estaban usando una ligera camisilla blanca junto con sus pantalones y botas negras de combate, mientras que John estaba con el pecho desnudo, riéndose a carcajadas. Le estaba agarrando de uno de sus hombros y a Diego de la nuca, acercando su rostro al suyo.

No recordaba cuál había sido la broma que les había sido contada antes de que la foto fuera tomada. Mierda, ni siquiera recordaba quién la había tomado. Pero recordaba el sentimiento, la diversión, la alegría que habían compartido. Las amplias sonrisas en sus rostros eran una prueba de ello.

Esa era la mejor foto que se habían sacado juntos. No solo se veían realmente felices, sino que también se notaba el lazo de cariño y de confianza que compartían, lo que les vinculaba como familia.

La descolgó y la sacó del marco, mirándola por un momento con nostalgia, antes de doblarla y guardarla en su billetera.

Tragando contra el nudo en su garganta, sacó su mochila Mystery Ranch y empacó varias camisetas, sus tres uniformes, un par de botas de combate, calzoncillos, un par de elementos de aseo personal, y algunos

dispositivos que podrían servirles.

Dejándola en la cama que ahora estaba vacía, se dirigió a la cocina, y allí se sirvió un vaso de agua helada en vez del trago de amaretto que era lo que en realidad quería. Iba a regresar al campo, por lo que iba a mantenerse sobrio hasta que regresaran.

No iba a cometer de nuevo lo que había sido el *peor* error de su puta vida.

* * *

Nipigon, Canadá. 06:40.

315 horas, 20 minutos, para el Apocalipsis.

Ya en el Global 8000, Diego estaba en uno de los cómodos asientos, absorbido en su teléfono. Alexander estaba acostado en el largo sillón que había al lado, sosteniendo débilmente una Monster Mango Loco en una de sus manos.

No había podido dormir absolutamente nada, pues los recuerdos y sus sentimientos de angustia, de remordimiento, le habían mantenido despierto, deprimiéndole. Fue por eso que cuando había llegado la hora de ir a recoger a su amigo, casi llora jodidamente de la emoción, agradecido de tener algo en que distraerse

El viaje duraría aproximadamente seis horas. La Hermandad Roja se había encargado que no tuvieran que preocuparse acerca de las restricciones de viaje debido al coronavirus, engrasando las manos necesarias. Aterrizarían en Leticia y ahí les esperaba un jeep que les llevaría a la Reserva AGAPE, desde donde tendrían que continuar el viaje a pie. Sus objetivos estaban hacia el sureste en dirección a la isla Ronda, por lo que tendrían que atravesar parte de aquella selva. Sin embargo, no estaban alarmados; estaban capacitados para sobrevivir en condiciones muchísimo más peligrosas.

—Alex, ¿estás despierto?

—Ajá. —Parpadeó, abriendo los ojos, preguntándose en qué momento los había cerrado.

—¿Estás seguro?

—Sí, ¿qué pasa?

Al no recibir una respuesta inmediata, se sentó para poder brindarle toda su atención. —¿Qué pasa? —repitió.

—No me siento bien con este trabajo —confesó, y al ver su expresión de confusión, añadió—: No sé, Alex. Es un pálpito que tengo, que tuve desde que nos encontramos con ese tipo. No lo dije antes porque no quería reconocerlo, pero esas personas no lucen como terroristas, para nada.

—Nunca fuiste de los que juzgaba basándote en la apariencia. Ambos sabemos que casi siempre aquellos que lucen todos inocentes, incapaces de hacerle daño a nada y a nadie, son los peores, los más crueles. Que no luzcan como terroristas no significa que no lo sean. Además, ¿qué razón podría tener para mentirnos? Al tipo que nos contrató, me refiero.

—No sé, no sé. Pero Jesús, cada vez que veo sus caras en mi mente, no puedo evitar sentirme inquieto.

Recordando las fotos que había en la carpeta, entendía por qué Diego estaba teniendo dudas. Adultos, adolescentes, e incluso niños, de mirada algo feroz, pero cálida. En otras palabras, no poseían los ojos de un asesino.

Sin embargo, tal como le había dicho, eso no significaba nada. Hasta que no los viera de cerca y los juzgara estando ahí, seguiría pensando en ellos como su objetivo.

—Esperemos a llegar a ese lugar y ya decidiremos qué hacer —le sosegó.

—Vale, suena bien.

—Pero Diego, nuestro contratista no parece ser alguien con quien joder.

—No tengo ni pinche idea en qué lío nos meteríamos, pero prefiero tenerle husmeándome en la nuca por el resto de mis días que perder el único pedazo de alma que me queda.

* * *

Cerca de la Isla Ronda, Colombia. 07:00.

315 horas para el Apocalipsis.

Mientras ellos se encontraban saliendo de Canadá, los dos líderes de la comunidad de la que estaban discutiendo estaban dialogando tiernamente en el estudio de su vivienda: □imitri y □elenVờ□□inrey y reina de los cambiapielos dragones.

La puerta se abrió abruptamente y Łance, el hermano de la última, ingresó, viéndose devastado y angustiado.

—¿Łance? —inquirió □imitri alarmado, poniéndose de pie.

—¿Qué te agobia, Hermano?

—Un nuevo asesinato —les informó quebradamente, su mirada agobiada calándoles con fuerza.

□elense llevó una mano al cuello, abrumada y conmocionada. No se esperaba esa respuesta. No esperaba tan horrible noticia. Sus ojos se aguaron ligeramente mientras su corazón parecía detenerse, y fue □imitri quien tuvo la fuerza para preguntar quién.

—□am. Parece ser que se dirigió hacia el río temprano en la mañana antes de que cualquiera de nosotros despertara. Era su turno de hacer la colada.

—Es verdad entonces —susurró temerosamente □elen, sus ojos buscando los de su esposo—. No quería creerlo, pero es verdad.

□imitri no dijo nada, no había necesidad de confirmar sus palabras. Su mano simplemente se hizo con la suya y las entrelazó, dándole un apretón consolador, recordándole sin palabras que estaba ahí, que, si necesitaba un momento para retomar su valentía y fuerzas, podía apoyarse en él mientras.

Durante más de tres días, la colonia había estado presentando bajas, y aunque al inicio habían creído que eran cosas al azar, ya no podían seguir mintiéndose. Una realidad atemorizante, sin duda, más no podían escapar de esta. Había llegado la hora. Por décadas se habían librado de aquel destino, pero su suerte se había agotado. «*Ahora debemos enfrentar nuestro pasado*», pensó □imitri.

Sin embargo, no habían malgastado el tiempo. Habían sido conscientes que tarde o temprano les encontrarían, y por ello habían creado un plan para lidiar con la presente situación, uno que había sido pasado de generación en generación.

—Ya sabes qué hacer, Łance. Realiza el llamado. Quizá algunos agarthos tengan un corazón compasivo y nos ayuden. E intenta comunicarte con Vrykól. —Hizo una pausa, luchando con la tristeza que se apoderaba de su ser—. Cremaremos a □amuna vez le informemos a la colonia.

Łance asintió antes de partir a hacer lo ordenado.

—Yo los convocaré —informó □elen, sabiendo que □imitri primero querría tener un momento para hablar con el guardián de la colonia—. Úneteme cuando estés listo, ¿vale?

□imitri acarició con suavidad el lateral de su rostro con su mano libre, antes de acercarse y depositar un suave beso en sus labios que se sintió como la calma antes de la tormenta, que era motivación, esperanza. —Por supuesto.

Se dirigió hacia a la diminuta capilla que estaba ubicada en el segundo nivel de la casa y en dónde reposaba, sobre un altar, la estatua de un ángel guerrero con la ηjϕ colgando alrededor del cuello.

Dicha capilla la había construido Čhloé, su abuela, y era la única memoria que tenía de ella puesto que había fallecido antes de que naciera. La razón se remontaba a pocos meses después de su llegada a la superficie, cuando se decía que había sido encantada por el ángel.

—Aunque jamás he visto al Dios que los humanos adoran, algo en este ángel llamó mi atención hasta el punto que no pude controlarme y tuve que comprarlo —había explicado a su esposo, el rey Íahen—. El sacerdote me dijo que es un guerrero de Dios, conocido como Hadraniel. Que trae paz, justicia y protección a quien lo necesita. ¡Nos cae como anillo al dedo! Sin embargo, tendremos que construir un santuario para que pueda escucharnos. Pero no te preocupes, Querido, yo me encargaré que se sienta como en casa.

Desde ese momento, Hadraniel se había convertido en el guardián de la colonia.

□imitri se arrodilló, intentando calmar su mente para entrar en estado de oración. Άnnike, su madre, le había inculcado que no debía orar si tenía la cabeza hecha un caos, insistiendo que la luz atraía luz y la oscuridad, oscuridad.

La muerte de sus padres aún pesaba en su corazón, pero era por la memoria de ellos y todos los que habían perecido tanto por el tiempo como por la injusta condena de la Honorable Trinidad, que tenía la resolución de salir victorioso en el conflicto que se avecinaba, incluso

cuando las probabilidades no estaban realmente a su favor.

—Hadraniel, sé que nos has cuidado durante mucho tiempo, y que nunca nos has fallado, que siempre has estado ahí para nosotros, escuchando nuestros tormentos y súplicas. Ahora, más que nunca, te ruego que lo sigas haciendo. Te pido que no permitas que el coraje abandone nuestros corazones. Tú me conoces, he sido sincero contigo siempre, en mis horas más brillantes y oscuras. Pero este atemorizador destino que sé que me espera... No puedo mentir, me asusta, y me hace dudar de mí mismo. Me hace preguntarme si seré en verdad capaz de honrar a mis antepasados, de vengar toda la sangre de mi raza que fue derramada injustamente. Es por eso que te necesito, necesito tener la certeza de que hay un guardián protegiéndome la espalda, no solo la mía sino la de todos mis seres queridos, todas nuestras almas. *Por favor*. Ahora más que nunca necesito sentir tu luz envolviéndome, pues el camino que se abre ante mis ojos está envuelto en sombras que temo pueden devorarme. Hadraniel, *por favor*, envuélvenos en halo de protección, donde nada malo pueda tocarnos. —Acarició ligeramente la *ηjθ*, esperando que su oración le alcanzara—. Te encomiendo, a ti y a tu Creador, mi colonia y a mí mismo. *Amén*.

Respiró profundamente, intentando reunir su valor para ir a enfrentar a la colonia y darles las malas noticias. Después de echarse la bendición final, se puso de pie y se dirigió hacia la salida, más se detuvo secamente cuando escuchó que llamaban su nombre... pero dentro de su cabeza.

—«□imitri, no temas» —escuchó de nuevo—. «*Tu plegaria desesperada ha sido escuchada, así que no te angusties, no estarás solo en esto. Nuestro Padre está al tanto de la situación y tienes Su apoyo. No te apresures que la ayuda va en camino*».

Cuando □imitri llegó a la sala donde todos estaban reunidos, se sintió ligeramente asfixiado por el ambiente, la aprensión siendo tan espesa que por poco era palpable. Su mirada se encontró con la de □eleny aunque deseaba comunicarle el milagro que había acabado de sucederle, su prioridad era la colonia, informarles porqué habían sido convocados a esa reunión de emergencia.

—Buenos días a todos. Necesito que me escuchen con atención, pues las noticias que tengo que compartirles son perturbadoras. La Honorable Trinidad nos ha encontrado.

Era de esperarse que tan terrible información fuera seguida por murmullos alarmados y amedrentados.

—Tranquilizaos, por favor —solicitó, levantando una mano para pedir silencio—. Es cierto que son terribles noticias, pero recuerden que no estamos desamparados. Por años nos hemos estado preparando para lidiar con esto.

—No solo tenemos un plan que fue creado por nuestros ancestros, y que os recuerdo ha sido pasado a través de generaciones, siendo modificado con ideas o cualquier estrategia que podamos usar a nuestro favor, sino que no estaremos solos. La llamada de auxilio está siendo lanzada en este mismo instante, y también recibiremos ayuda de seres más poderosos que nosotros.

—Vrykól —alguien declaró, la calma filtrándose en el ambiente con la sola mención de su nombre. El Dios-Vampiro, al igual que □imitri y □elen, eran la fuente de esperanza de la colonia.

□imitri asintió, y les prometió: —Haremos todo lo posible para solucionar este conflicto de una vez por todas. Por ahora, sin embargo, quiero pedirles dos cosas. La primera es que no abandonen el territorio. El patrón de los asesinatos rodea los límites, pero nadie ha sido atacado aquí dentro.

—Lo otro es que le den a los agarthos, que decidan venir a ayudarnos, una apropiada bienvenida, y que nos avisen inmediatamente de su llegada.

—En aproximadamente media hora nos reuniremos de nuevo para despedirnos de □am—indicó □elen. Construirían una pira para hacerlo, para liberar su alma al viento y que pudiera ser transportada al Inframundo.

—Pueden retirarse por ahora —les despidió □imitri—. Excepto tú, Tío Šanti. Me gustaría tener una palabra contigo.

Una vez la multitud se despejó un poco, Šanti se les acercó, felicitándoles en voz baja por cómo habían manejado la situación. Para él, □imitri era la viva imagen de su hermano, esa valentía y seguridad en sí mismo; no obstante, aquellos ojos avellana bondadosos y su actitud generosa le recordaban a Annike.

Łance ingresó a la vivienda poco después, informando al verles: —Ya he realizado el llamado de auxilio. También pude comunicarme con Vrykól. Está un poco lejos, en Corea del Sur, pero me aseguró que vendrá tan pronto como le sea posible.

—Yo también tengo algo que compartirles —indicó □imitri, su tono de voz emocionado, sus ojos brillando—. Algo que me acaba de suceder mientras

estaba orando.

* * *

Perth, Australia. 20:30.

314 horas, 30 minutos, para el Apocalipsis.

Al otro lado del mundo, específicamente en Perth, Australia, Edki Dò□□ılıç —conocido como «Garras» en los X-Games—, se encontraba estirando frente a su casa después de haber finalizado su ruta nocturna de veinte kilómetros, cuando repentinamente sintió que el dorso de su mano derecha empezó a arderle, haciéndole sisear.

—¿Qué coño? —respiró incrédulo, notando que un símbolo circular había aparecido en su piel, y aunque no podía detallarlo con claridad debido a la falta de luz, varias figuras le llenaban, una triqueta en el centro. Parecía como un amuleto de protección.

Una de las figuras cercanas a la triqueta empezó a brillar ligeramente, emitiendo una luz azulada, y su piel ardió aún más, haciéndole maldecir.

La canción que resonaba a través de los audífonos que llevaba —«All in» de Stray Kids [1], una de sus favoritas—, se vio interrumpida por una llamada entrante a su teléfono: Thelo, su hermano.

—Joder, ¿qué carajo está pasando?

—Hola para ti también —respondió Thelo irónicamente—. Sí, estoy bien, gracias por preguntar. ¿Tú cómo estás? Por como sueñas, diría que con bastante dolor.

Eran hermanos de camada y, aunque llevaban viviendo en diferentes países por más de tres años, seguían siendo uña y carne.

—Sí, sí, parcero. Como sea, me alegro —comentó secamente, demasiado adolorido como para enfocarse en preguntas triviales. Ingresó a su vivienda, encendiendo las luces para poder ver bien el símbolo, curioso por saber qué era.

—Idiota —se rio Thelo—. Nunca cambias. Listo, vayamos al punto. ¿También lo tienes?

—Si te refieres al jodido tatuaje que apareció de la nada en mi mano, sí.

—No es ningún tatuaje. Es nuestro jodido Símbolo de Enlace, de los hijos de Prometeo.

—Lo dices cómo si yo fuera a saber qué es eso. No tengo ni idea de qué estás hablando.

Thelo suspiró, y cuando volvió a hablar, su voz era totalmente seria: —El Símbolo de Enlace es nuestra señal de auxilio. Según el Libro Sagrado fue diseñado para que cualquier de nosotros que se viera en la necesidad de pedir respaldo, socorro, pudiera hacerlo. Las veces que ha sido utilizado es cuando una guerra estaba próxima a estallar o en algún evento catastrófico, como el Diluvio Universal.

—Espera... ¿Estás diciendo que algo así...?

—Estoy diciendo —le interrumpió—, que va a estallar una guerra, pues el llamado de auxilio lo realizaron los dragones. Mira, es su símbolo el que está brillando.

—Oh, mierda. ¿Crees que fueron encontrados?

Todos en Agartha estaban al tanto de lo que había sucedido con ellos hacía décadas. Bueno, hasta cierto punto. De hecho, los rumos no contaban los detalles de lo que había causado que fueran sentenciados al exterminio, pero muchos creían que aquella condena era injusta, pues se contaba que esa raza era de las más honorables y serviciales.

—Lo más probable. Antes es un milagro que burlaran a La Honorable Trinidad por tanto tiempo.

Edki hizo una mueca de disgusto. Solo escuchar ese nombre hacía que sus entrañas se retorcieran. —Sabes que odio que los llames así.

Zeus, Hades y Ares eran quienes recibían dicho título, y de honorables no tenían ni un puto pelo, ninguno de los tres. Principalmente Hades, el alma de la ruina. Y dándose cuenta que esa situación le brindaría la oportunidad de vengarse de su para-nada-honorable-culo, fue suficiente que tomara una decisión. —Acudiré.

—No sé por qué tenía la esperanza de que no dijeras eso. Debí de haberlo sabido mejor, que ibas a saltar ante la oportunidad de enfrentarte a Hades —refunfuñó, un toque de amargura en su voz.

—Thelo, vamos, tengo que hacerlo.

—No, no tienes que hacer nada. Eso es lo que he tratado de decirte por tanto tiempo. Pero *no* escuchas.

—*Tengo* que hacerlo —repitió con firmeza, dejando que su mano cayera a su costado, empezando a cabrearse—. Y hace dos años estarías sintiendo lo mismo. ¿Qué te *paso*?

—Es solo que no quiero que salgas herido, o peor aún, que termine perdiéndote.

—Tenemos la oportunidad de hacerle pagar a Hades, quien por si lo has olvidado fue quien nos arrebató a Pa y a Ma, ¿y quieres dejarla pasar? —preguntó incrédulo—. ¿Qué coño te pasó?

—No quiero arriesgarme a perderte.

—Acudiré, responderé a su llamado. Tu haz lo que tengas que hacer.

—Edki...

—¿Vendrás conmigo o tendré que hacer esto solo? —exigió, pero una vez las palabras dejaron sus labios, de repente temió su respuesta. No sabía si realmente podría hacerlo sin él. Siempre habían estado juntos, en las buenas y en las malas, desde que habían quedado huérfanos. Se habían respaldado y apoyado, siendo padres, hermanos y amigos para el otro. Pensar que probablemente iba a tener que enfrentar esa situación sin tenerle al lado le hacía sentir frío, le dejaba temblando.

—¿Estás listo?

Edki exhaló el aire que no sabía había estado sosteniendo, sintiéndose aliviado. —No. Tengo que tomar una ducha. Estoy oliendo como trasero de un zorrillo.

—Qué asco. Bueno, dejaré el teléfono en altavoz. Me avisas.

Tomando la ducha más rápida de la historia, estuvo listo en un par de minutos, apenas recordando asearse los dientes. —Parcero, estoy listo.

—Dame un segundo. Finalizo de mandar este e-mail y ya.

—Vale.

—Listo —dijo pasado un momento—. Coloca tu mano sobre la marca, y repite después de mí: «Por el valor y la sabiduría de Prometeo, nuestro Creador y Padre, les ayudaré, hermanos, y juro ser leal a vuestra causa».

[1] Les invito a que conozcan a Stray Kids y escuchen la canción «All in»: *Click en la imagen, les llevará al video en YouTube.*

También les dejo una invitación para que compartan su impresión de este capítulo. Cualquier crítica constructiva es bienvenida.

Un abrazo para todos y muchas fuerzas en estos tiempos que enfrentamos.